

IV. NECROLÓGICAS.  
SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DE LA  
ILMA. SRA. D<sup>a</sup>. ANA MARÍA VICENT ZARAGOZA



## **INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. DR. D. JOAQUÍN CRIADO COSTA**

Si hay una persona y en concreto una mujer que en la segunda mitad de nuestro siglo haya puesto su ciencia, su arte y hasta su ternura al servicio de Córdoba, esa mujer tiene un nombre: Ana María Vicent. Un nombre que suena a cordobés desde enero de 1960, cuando llegó a nuestra ciudad para dirigir el Museo Arqueológico.

Fue una de esas mujeres que para ocupar un puesto socio-cultural destacado no necesitó de paridades, ni de cupos, ni de proporciones. Fue una mujer de valía en sí misma y por sí misma.

Había nacido en la ciudad industrial de Alcoy desde donde pasó con su familia a Valencia. Allí, los estudios primarios, el bachillerato y la Universidad. Se licenció en Ciencias Históricas, pero desde sus tiempos de estudiante realiza excavaciones arqueológicas bajo la dirección de los eminentes profesores Manuel Ballesteros Gaibrois y Helmut Schlunk, este último fundador en España del Instituto Arqueológico Alemán.

En la Universidad valenciana se inició en la docencia de la Historia del Arte y preparó una tesis que no llegó a leer, sobre la arquitectura gótica de Levante, a la par que colaboraba en el Museo de Bellas Artes de Valencia.

Prosiguió su tarea docente, poco después, en la madrileña Universidad Complutense, simultaneándola con la impartición de clases en colegios de enseñanza media y con trabajos en el Instituto Velázquez del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El Profesor Martín Almagro Basch encontró en ella una eficaz colaboradora en la fundación y puesta en funcionamiento del Instituto Español de Prehistoria del C.S.I.C.

Completó estudios en la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (Instituto del C.S.I.C.) y se diplomó en Arte y Arqueología Paleocristiana y Bizantina en la Universidad italiana de Bolonia. Por entonces ocupó interinamente una plaza de Conservadora del Museo Arqueológico Nacional, asistió a congresos y reuniones científicas y viajó en varias ocasiones por el extranjero, perfeccionando de este modo su quehacer profesional.

En 1959 ganó, con el número 1, las oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos, eligiendo el Museo Arqueológico Provincial de Córdoba, como hemos dicho.

Aquí comenzó la ingente tarea que Ana María Vicent ha llevado a cabo en nuestra capital y en nuestra provincia durante una treintena de años, como han sido más de centenar y medio de excavaciones y prospecciones arqueológicas; numerosas gestiones para proteger, restaurar o adquirir monumentos arquitectónicos; constante labor de difusión del patrimonio cultural, que se ha concretado en artículos, conferencias, reuniones científicas, congresos, simposios, etc.

Pero el espejo donde Ana María se ha mirado siempre ha sido el propio Museo Arqueológico, “su” Museo, por el afecto y el cariño que ha volcado en él. D. Félix Hernández, el ejemplar arquitecto, había restaurado el edificio de la plaza de Jerónimo Páez, en el que se amontonaban en el suelo miles de piezas de distintas épocas y culturas. Ana María contaba por todo ayudante con un conserje. Hubo de clasificar, ordenar y colocar las piezas, abrir libros de registro, realizar tareas burocráticas... limpiar los objetos y hasta barrer las salas. Y así hasta que, años más tarde, fueron nombrados algunos ayudantes y dos guardas.

El Museo cambió de raíz. Ana María consiguió la instalación de luz eléctrica y la adaptación para visitas nocturnas, la instalación de música ambiental, el ornato con fuentes de agua corriente, con plantas y flores y la continua mejora de salas, vitrinas y plintos. Por otro lado, aumentó considerablemente la superficie con la compra de edificios contiguos, aumentó igualmente el número de piezas de manera espectacular, pasando de trece mil a trescientas mil y adquiriendo relevancia nacional en cuanto a esculturas romanas, epigrafía latina, inscripciones gladiatorias, bronceos romanos y tardorromanos, vidrios romanos, sarcófagos de plomo y materiales de época visigoda, así como relevancia mundial por lo que respecta a capiteles islámicos antiguos, basas decoradas, decoración parietal árabe y brocales de pozo, cerámica y bronceos de los siglos X, XI y XII, vidrios del siglo X, epigrafía mozárabe, etc. Razones de tipo económico no permitieron a Ana María dotar al Museo de sala de exposiciones temporales y permanentes, salón de actos, taller de restauración, etc.

La biblioteca, que llegó a tener más de 10.000 volúmenes, y la revista *Corduba Archaeologica* han sido de especial miramiento para Ana María, seguida en esto de cerca por el profesor Alejandro Marcos, su esposo.

Producto de muchos de sus trabajos es el centenar largo de publicaciones científicas; la simple enumeración de los más importantes estaría fuera de lugar aquí.

Además de todo lo expuesto, cabe destacar sus tareas de investigación arqueológica de campo, que han tenido como escenario, amén de otros lugares de España, toda la provincia cordobesa, aunque principalmente la capital y sus alrededores, sin olvidar las campañas en la Cueva de “Los Murciélagos” (Zuheros); en Monturque -villas tardorromanas con mosaicos-, en Fuente Tójar, con el hallazgo de una necrópolis ibérica; en El Guijo, con una extensa ciudad romana; y en Aguilar de la Frontera, con un magnífico lote de escultura de bronce. El cortijo de El Alcaide -villa romana con mosaicos-, el de La Barqueta -otra villa romana- y Medina Azahara fueron otros escenarios, en el término municipal de Córdoba, del bien hacer arqueológico de Ana María Vicent. Con frecuencia contó con la colaboración o con la ayuda de R. Castejón, A. Marcos, J. Bernier, A. Criado, J. Costa, F. Leiva, J. A. de la Torre y otros. Como arqueólogo profesional, ahí quedan también los ciento catorce solares del casco urbano cordobés explorados hasta 1984, con escasos medios y sin apenas apoyo de las autoridades.

Con todo, ha sido en el campo de la defensa del patrimonio histórico-artístico de Córdoba, en unos años en que Ana María actuó como Consejero Provincial de Bellas Artes, o como simple ciudadana, en el que ha llevado a cabo sus más heroicas actuaciones, evitando demoliciones, corrigiendo proyectos y promoviendo restauraciones. Mal comprendida muchas veces, quienes hemos tenido el privilegio de tratarla de cerca conocemos su sentido ético y su desbordante humanidad.

Aunque suele adolecer de lo contrario, la sociedad, y en concreto la cordobesa, le

ha reconocido su amor a esta tierra, que pronto hizo suya, y la nombró Académica de varias corporaciones, le concedió medallas (al Mérito Turístico, al Mérito en las Bellas Artes, al Mérito de la Ciudad de Córdoba) y encomiendas (de la orden de Alfonso X el Sabio), le rindió homenajes y la honró con cargos honoríficos. Puede ser que hasta un día no lejano Córdoba la haga Hija Adoptiva a título póstumo. No haría con ello sino corresponder en parte al grande y noble amor que Ana María Vicent le profesó desde que pisó por primera vez esta tierra cuando llegó a ella pertrechada de un nombramiento de Directora del Museo Arqueológico en el ya lejano enero de 1960.

Descanse en paz Ana M<sup>a</sup>. Vicent. En ésta su casa se le recordará siempre.

## ***INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. DR. D. JOAQUÍN MORENO MANZANO***

Ana María Vicent Zaragoza nació en Alcoy (Alicante) y cursó la enseñanza media y superior en Valencia. Fue Profesora Ayudante de Arqueología y de Historia del Arte Medieval (1949-55). También en Valencia trabajó en el Museo de Bellas Artes de San Carlos.

En 1955 se trasladó a Madrid con beca del Consejo Superior de Investigaciones Científicas donde colaboró con el profesor Almagro Basch. Éste la designó para ayudante en la puesta en marcha del Instituto de Prehistoria en el Museo Arqueológico Nacional.

En 1958 es nombrada Conservadora interina del Museo Arqueológico Nacional.

Para hacer frente a su mantenimiento, daba clases de Historia y de Arte a los alumnos de “Preu” del Colegio Nuestra Señora de Loreto. Realizó cursos en la Universidad de Bolonia, en Florencia con el profesor Graziosi y en Roma (en la Escuela Española de Historia y Arqueología) y en Rávena.

Decidida por los museos, trabajó en el Museo Arqueológico Nacional bajo el mando de José María de Navascués y de Martín Almagro Basch.

En 1959 aprobó la oposición al Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos, obteniendo el número uno, lo que le permitió optar por el Museo Arqueológico de Córdoba, adonde llega en enero de 1960, y donde permanece hasta 1989, veintinueve años al servicio de Córdoba, durante los cuales se realizó el diseño museográfico de las salas.

En 1962, después de dos años y medio de duro trabajo, el Museo Arqueológico Provincial de Córdoba abrió sus puertas.

En un nivel superior a los escolares de primaria y secundaria, dio clase para mejorar la actuación de los profesores y optó por explicarles el Museo.

En 1971 fue nombrada Secretaria del Comité Español del ICOM.

Fue Medalla de Oro de Córdoba en 1987.

Presente en Madrid desde 1989, continuó vinculada al panorama museístico.

Las sobremesas siempre fueron una lección del matrimonio Marcos-Vicent para mi esposa y para mí. La ampliación del Museo, las estelas de gladiadores, y cómo no, la

fuelle romana, única en España, que espera una sensibilidad de nuestras autoridades para ocupar el centro de la plaza del Museo.

Que Dios premie su entrega a la Historia de Córdoba y los cordobeses.

## **INTERVENCIÓN DE D<sup>a</sup>. MARÍA DEL SOL SALCEDO MORILLA**

El curso 72-73 fue para mí extrañamente sabático. Lo dediqué a hacer dos cursos de Solfeo por el método LAZ en el Conservatorio de Córdoba; una especialidad de Arte Dramático en el Conservatorio de Sevilla –téngase en cuenta que la carrera de Arte Dramático aún habitaba en los conservatorios- llamada Laboratorio de Fonética, que más tarde pasó a llamarse Ortofonía y Dicción y después Técnica Vocal. Para completar el programa, decidí cumplir lo que me quedaba de Servicio Social, que muchas y muchos recordarán, imprescindible para acceder a ciertos trabajos y, por supuesto, para presentarse a las oposiciones de Magisterio.

Fui a la sede de la Sección Femenina, donde me informaron de que, convalidándome los estudios que tenía, me faltaban dos meses. Me dieron a elegir entre dos cosas: coser a mano una canastilla completa para un bebé o ir a trabajar al Museo Arqueológico. Ni pregunté qué clase de trabajo. Lo escogí inmediatamente. Lo de la canastilla se me antojaba más difícil que conquistar los catorce *ochomiles*.

Mi padre conocía, admiraba, respetaba y apreciaba a Ana María Vicent y se ofreció a llamarla para recomendarme, a lo que me negué, por esa obsesión que a ciertas edades tenemos los hijos de ocultar nuestra procedencia. Tarea inútil, porque cuando Ana María, como Directora del Museo, me recibió y oyó mi nombre, enseguida me relacionó con mi padre. Hechas las presentaciones, muy humilde yo, me puse a su disposición y, con ademán de remangarme como si fuese a fregar platos dije:

- Bueno, qué tengo que hacer.

Ana María me puso en las manos el libro-guía del museo, escrito por ella.

- Apréndetelo.

Y así, identificando en las vitrinas y expositores cada pieza con su número, sin que nadie me apremiase, tuve el privilegio de pasear salas y patios, aprendiendo nuestra historia a través de los objetos cotidianos, poniendo imágenes a cosas de las que sólo conocía los nombres. Fue un curso de inmersión arqueológica, y una de las épocas más felices de mi vida, tanto, que en vez de quedarme los dos meses reglamentarios –febrero y marzo- me quedé hasta julio.

De mi estancia en el Museo Arqueológico, guardo buenos y curiosos recuerdos. Don Alejandro Marcos, por ejemplo, en aquella época estaba allí. Aparentemente Ana María no se llevaba bien con él y a veces, le hacía comentarios acerados que, desde luego, don Alejandro encajaba con estoicismo. Cuando algún tiempo más tarde supe de la boda, comprendí que aquel acero era la máscara tras la que trataba de esconder el amor o luchar contra él y que, a la vista estaba, había perdido la batalla.

Ana María era a la vez seria y alegre, cariñosa y exigente. A su lado, el ritmo

era trepidante. Recuerdo un día en que, por ausencia de las personas que sabían escribir a máquina, traté de ayudarla mecanografiando –en plan cutre- a su dictado una conferencia que tenía que dar, creo que en Argel y no había tiempo y el avión salía a no sé qué hora. Y ella dictaba a la velocidad del rayo y yo tecleaba con dos dedos, y ella se impacientaba y yo me maldecía a mí misma por mi inoperancia... Y Ana María salió pitando con su conferencia escrita a máquina, aunque llena de tachones.

En julio me fui de vacaciones, pero aquello enganchaba y cada vez que podía volvía de visita al Museo Arqueológico.

En el año 80, estando ya de maestra en la Escuela-Hogar La Aduana, apareció allí Ana María Vicent. Para mí, sorprendente. ¿Qué hacía allí? Después de los saludos y presentaciones de rigor –ella venía como Inspectora Provincial de Yacimientos Arqueológicos- espetó al Director:

- ¿Dónde están las columnas del claustro del Convento de Santa María de Gracia?

- ¿Pero cómo van a estar aquí?- pensé yo. Afortunadamente me callé, porque el Director dijo que no sabía de donde eran, pero que él había visto unas columnas dentro de un foso para cambios de aceite que había en el garaje. No es raro lo del garaje porque el magnífico edificio se construyó con miras autosuficientes para seminario de jesuitas.

Efectivamente, fuimos al garaje, destapamos el foso y allí había unas cuantas columnas, bastante deterioradas, seguramente por haber sido arrojadas de cualquier manera.

Ana María me miró:

- ¿Cómo lo has consentido?

- Pero Ana María, por Dios, si yo ni siquiera sabía que había un foso.

Por supuesto, el certificado del depósito que Ana María traía en la mano, hablaba de no recuerdo bien, si diez o doce columnas y allí no había más que tres o cuatro. Vaya un mal rato que pasamos todos. No sé si al final las columnas aparecieron en otra parte, pero no me cabe duda de que Ana María las persiguió incansablemente.

La última vez que la vi, fue la última vez que vino a la Academia. Me reconoció inmediatamente, nos dimos un gran abrazo y me recordó algunas cosas. Le dije:

-Cinco meses estuve en el Museo Arqueológico y no hay nada que lo acredite.

Con la autoridad que la caracterizaba me contestó. Cuando quieras, te hago un certificado. No se lo pedí y ahora lamento no tener una firma suya. Fue una gran mujer y guardo su recuerdo en el corazón.